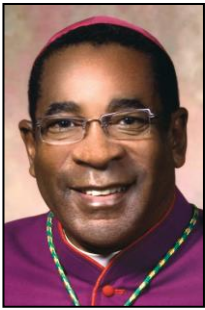


Católico del Oeste Tennessee

Marzo 2014 - Volumen 3 Número 2



HASTA AQUÍ POR LA FE

“Recuerda santificar el día sábado. Seis días trabajarás y harás toda tu tarea, pero el séptimo día es el día del SEÑOR tu Dios” (Éxodo 20: 8-10).

La creencia que el sábado debe ser santificado resonó

profundamente en las personas que vivieron en el tiempo de Jesús. Los que hayan ido a la sinagoga leyeron y escucharon el mensaje de los libros del Génesis, Éxodo y del Levítico que proclaman el día sábado como santo. El pueblo del Antiguo Testamento entendió que Dios quería que ellos tomaran el último día de la semana - sábado, que significa "séptimo" - para refrescar y renovar sus vidas. Consideraron que debían mantener a Dios en un lugar importante en sus vidas y se comprometieron a honrar todo un día a su Señor. Honrar a Dios les daría tiempo en familia y un día para descansar y estar en paz.

Poco cambió durante los años de la época de Moisés hasta Jesús. Las personas fieles a las leyes de Dios evitaron los trabajos importantes como el trabajo de la tierra y la agricultura, la pesca y el pastoreo; evadieron las tareas del hogar, como la limpieza y la cocina; prescindieron de viajar muy lejos en sábado. Hoy en día, guardar el sábado como día santo difiere radicalmente de los días del Antiguo Testamento. Nuestro uso de la tecnología es tal que la mayoría de nosotros conducimos hacia nuestro culto dominical ya que la distancia del viaje desde nuestra casa a la iglesia es más que un sosegado paseo. Aún son muchos los días en que recuerdo caminar más o menos una milla hacia la parroquia de mi pueblo en las primeras horas de la mañana del domingo.

Hoy en día, a la mayoría de nosotros nos resulta relajante preparar una comida familiar porque poseemos todas las herramientas y aparatos en nuestras cocinas y patios que hacen que el trabajo sea más fácil de lo que se podrían haber imaginado nuestros antepasados.

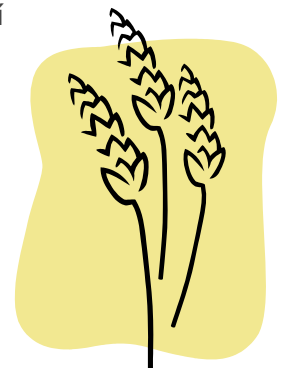
Hoy, el uso de teléfonos, celulares y computadoras nos permiten mantenernos en contacto con nuestra familia, parientes y amigos que viven lejos sin tener que perder tiempo en viajes. Asimismo, tomamos

el tiempo para ver televisión o ir al cine o a un teatro como una forma de relajación.

Y hoy, hemos cambiado el día de la semana en la que observamos el día de reposo. La mayoría de nosotros consideramos que ese día es el domingo, que técnicamente es el primer día de la semana, no el último. ¿Cómo hemos llegado a este punto de observar el día de reposo de manera diferente? Lo que hacemos ahora, ¿tiene el sentido dado al sábado?

En el libro del Génesis aprendemos que Dios quiso que el sábado sea un día de descanso. Pero, en la época de Moisés, los viajes, incluso con los medios más modernos, era trabajo. Los animales tenían que ser alimentados, cepillados, controlados y atados. Esto se hacía antes de montar al animal o colocar un pie en un vagón, calesa o carreta. Viajar involucraba mucho trabajo, y éste era muy esforzado. Comparado con hoy, nosotros simplemente caminamos hasta el carro, giramos la llave, escuchamos música e incluso ¡disfrutamos de asientos con calefacción!

Cocinar era también una labor intensiva en los días de nuestros antepasados. Los granos debían ser puestos en la tierra antes de pensar en su cocción. Las vacas necesitaban ser ordeñadas. La cocción de la carne era un ritual en sí mismo, que duraba horas - tanto la preparación de la carne como el cuidado del fuego. En la actualidad, la preparación de alimentos es fácil. Por lo general, compramos el pan ya horneado, la carne lista para el horno o para la parrilla, y la leche en un cartón limpio, sin vacas a la vista.



El día de reposo ha cambiado en la manera de relajarnos y de encontrar "tiempo libre" para estar con las personas que amamos. Y este " tiempo libre" le da a la familia momentos para interactuar unos con otros - con el cónyuge, con los hijos, con los padres. Sin embargo, la celebración del día de descanso como un día santo todavía significa que nos encontramos entre nosotros y hacemos tiempo para estar con el Señor Dios, para orar y adorarlo juntos, y para escuchar los que Él tiene para decirnos.

Católico del Oeste Tennessee

Marzo 2014 - Volumen 3 Número 2



“El Hombre Doliente”
Por Viktor Frankl, 1994

El hombre se realiza a sí mismo en la medida en que se trasciende: al servicio de una causa o en el amor a otra persona. El hombre sólo es plenamente él mismo cuando se pasa por alto y se olvida de sí. El primer aspecto de esta auto trascendencia es la búsqueda y alcance de un sentido. Pero actualmente podemos observar la constante frustración a la que está sometido este deseo de sentido: vemos cómo nace el “vacío existencial”.

En este vacío existencial prolifera la libido sexual. Y sólo de este modo se puede explicar la inflación sexual que se ha producido en nuestro tiempo. Como toda inflación, incluida la del mercado de dinero, conduce a una devaluación. La sexualidad se va desvalorizando en el curso de la inflación sexual a medida que se deshumaniza.

(...) Resulta así que tanto el consumo de pornografía como la necesidad de prostitución, incluida la necesidad de promiscuidad, son síntomas de retraso psicosexual. Pero la industria del placer sexual tiene buen cuidado de glorificarlos sublimándolos como “progresistas”. La industria de la “ilustración sexual” contribuye a ello denunciando la hipocresía, pero procediendo a su vez hipócritamente al clamar por la “libertad de expresión”, con lo que quiere decir “libertad para la explotación”. El resultado de todo esto es una presión de consumo sexual que genera trastornos de potencia. Estos trastornos suelen producirse cuando el paciente tiene la impresión de que la potencia es un “rendimiento” que se espera de él,

que se le exige y reclama, sobre todo cuando la exigencia procede de su pareja.

Porque la sexualidad humana es más que la mera sexualidad. Y lo es en la medida en que viene a ser la expresión de una relación amorosa. Una desindividualización de la relación sexual significaría la muerte del amor. Es más: la muerte del amor acarrearía, a nuestro juicio, una disminución del placer. Cuando la sexualidad no es ya expresión del amor, y pasa a ser un medio para la obtención de placer, este mismo placer fracasa; cuanto más se busca el placer, más se escapa éste. Según esto, la optimización del goce sexual exige que no se aisle ni se desintegre la sexualidad separándola del amor y deshumanizándola.

Pero no debemos olvidar que la sexualidad así deshumanizada no se humaniza de pronto, sino que requiere un proceso. En la sexualidad humanizada, la pareja no pasa a ser objeto, sino que es sujeto. Sobre todo, no es utilizada como mero medio para un fin, el fin de la satisfacción del instinto o de la obtención del placer. Lo cual no excluye obviamente que el placer aparezca tanto más, cuanto menos el hombre se preocupe por él.

